

1 de abril de 2019

UNA LARGA MARCHA HACIA LA LIBERTAD

En Venezuela se ha venido construyendo un complejo sistema de dominación, que va para dos décadas. Un sistema que como un pulpo hunde sus tentáculos en la vida cotidiana de la gente, logrando controlar casi todos los modos de acceso a los bienes básicos para la subsistencia: la alimentación, la salud, el trabajo, la vivienda, el transporte, etc. La sociedad entera depende cada vez más del Estado para vivir, que en realidad no es tal, sino un vivir a medias y un vivir que nos pone prácticamente a mendigar de las dádivas del Estado.

El control se extiende también al espacio público. Protestar, luchar, organizarse, disentir, es prácticamente una tarea heroica, porque tales acciones pueden traer consecuencias muy duras: detenciones arbitrarias, amedrentamiento, acoso policial, escarnio público... Las posibilidades de comunicación masiva en la sociedad están secuestradas por la censura y la autocensura en los medios de comunicación.

Se nos obliga a escuchar una sola voz, un solo mensaje, un solo eslogan. Prácticamente todo el Estado está en manos de una cúpula cívico–militar que lo utiliza como un gran aparato de poder para dominar a la ciudadanía a su antojo.

Dictadura, tiranía, totalitarismo, son consecuencias directas de este uso despótico del Estado. Además, nuestra patria forma parte de un entramado de intereses internacionales que la dictadura se ha encargado de alimentar entregando la soberanía y los recursos naturales, porque así garantiza su apoyo y consigue recursos económicos, militares y diplomáticos para sostenerse en el poder. Es contra este sistema que los venezolanos nos hemos rebelado. Y lo hemos hecho decididamente.

Durante el primer semestre de 2017, miles de venezolanos salieron a la calle. Muchos jóvenes fueron asesinados, detenidos y torturados. El Régimen intentó burlar esta gran movilización ciudadana, dejando sin efecto la Constitución Nacional al imponer una falsa Asamblea Nacional Constituyente, la cual fue rechazada abiertamente por el pueblo venezolano.

Así mismo, enfrentamos el fraude electoral del 20 de mayo del 2018 y denunciarnos la estrategia de usurpación que se pretendía con ese fraude. El

pueblo venezolano respondió con su abstención y un buen grupo de países se solidarizó no reconociendo esas llamadas elecciones.

La gran mayoría del pueblo venezolano estaba preparada para no aceptar la juramentación presidencial del 10 de enero pasado, como tampoco la aceptaron las naciones democráticas.

El espíritu de unidad construido el año anterior permitió ver en la Asamblea Nacional, único órgano con legitimidad democrática, y en su recién elegido Presidente, Juan Guaidó, la institución y el liderazgo capaces de conducir la lucha para el cese a la usurpación y la constitución de un gobierno de transición, para lograr efectivamente un proceso electoral limpio y creíble que permitiera restablecer plenamente el estado de Derecho, democrático y de justicia que consagra la Constitución venezolana.

El 23 de enero pasado fue el gran día. El pueblo entero se volcó a las calles ante el llamado a retomar la lucha por recuperar la libertad y la democracia. Desde todos los rincones del país, en las pequeñas, medianas y grandes ciudades, desde nuestros barrios, salieron los venezolanos a gritar el cese a la usurpación y al dominio despótico y alistarse con nuevos bríos en la lucha por la libertad y la democracia.

Recordaremos esta fecha como un momento inédito en los movimientos democráticos del mundo –incluso en el transcurso de nuestra propia historia republicana–, es un hito político y social, que marcará memoria. Es un hito que sacudió definitivamente al sistema de dominación y que puso en marcha un proceso de transición política que hoy es indetenible.

Hoy la gran mayoría del pueblo venezolano comparte la ruta propuesta por el Presidente Juan Guaidó.

No puedo dejar atrás el respaldo internacional que es una nota característica de este momento político. Un respaldo que es activo y que se manifiesta en un conjunto de presiones que confluyen hacia el debilitamiento del régimen.

Cada vez más la tragedia humanitaria que vive Venezuela, la crisis de derechos humanos, el drama económico que vive el país, el éxodo forzado de millones de venezolanos, el colapso de los servicios públicos, etc., forman parte del debate internacional y obligan la actuación de los organismos internacionales.

Ciertamente hemos avanzado mucho: tenemos un pueblo movilizado; un régimen sin legitimidad nacional ni internacional, como fruto de esa movilización ciudadana; hay una apropiación por parte de la gente de la ruta señalada y confianza en el liderazgo que la propone; hay unidad entre los partidos de oposición; hay cohesión entre las fuerzas sociales y políticas de cambio –el Frente Amplio es expresión de ello– hay una voluntad decidida por parte de importantes actores internacionales para contribuir a la superación de la crisis venezolana. Todo esto es el resultado de poco más de dos meses de lucha y de manera especial de los dos últimos meses de lucha.

No podemos cansarnos ahora. Nos enfrentamos al endurecimiento del sistema de dominación, que juega al desgaste y al cansancio de la oposición democrática y al sojuzgamiento de la gente controlando aún más sus necesidades básicas, como es el caso del manejo de los apagones y sus efectos inmediatos sobre la vida cotidiana.

¿Qué hacer para fortalecer la lucha y avanzar en nuestra agenda?

1. Nuestras expectativas de ninguna manera pueden ser a muy corto plazo. La lucha por recuperar la dignidad, la libertad y la democracia será larga y costará mucho lograrlo. No podemos pretender resolver en dos meses el mal causado en 20 años de dominación.

2. Necesitamos fortalecer nuestro tejido organizativo. Solo en la medida en que sindicatos, gremios, organizaciones comunitarias, empresarios, universidades y cada uno de los venezolanos considerado individualmente, nos agrupemos en redes, grupos de trabajo, espacios de discusión y nos articulemos adecuadamente con el liderazgo político, seremos capaces de idear, imaginar, pensar y materializar acciones eficaces en medio de esta guerra de desgaste.

3. Requerimos de mucha comunicación clara, directa, orientadora, oportuna para alinearnos en torno a la acción, para constituirnos en torno a un lenguaje común y a un propósito compartido. No es tarea fácil en un contexto como en el que estamos. Hacen falta recursos, organización y la vuelta a los medios tradicionales de comunicación: la pinta, el volante, el papelógrafo y radio bamba, todo lo que tengamos que hacer para salir del silencio que nos quieren imponer

4. Más allá de estos aspectos logísticos, es necesario volver sobre las estrategias planteadas para darle curso a la agenda prevista. Para ello, hace

falta reconocer realistamente qué ha funcionado y qué no ha funcionado, qué cambios hay que hacer, qué caminos no hemos explorado, saliéndonos así de toda rigidez y abriéndonos siempre a nuevas posibilidades. Para ello también se requiere organización, a través de la creación de espacios de debate amplios y plurales, sin que ello contradiga la necesidad de una vanguardia que dirija el proceso.

5. En este orden de ideas, creo que hay que crear condiciones para avanzar hacia un acuerdo con respaldo nacional e internacional para establecer un gobierno de transición que permita responder inmediatamente a la emergencia económica y social y a la creación de condiciones institucionales para celebración de elecciones libres y creíbles. Hace falta mucha presión para ello, pero la presión y la confrontación tienen que ir acompañadas de ese esfuerzo por tender puentes, por encontrarse con mucha gente que está dispuesta a encontrarse para el cambio, que está dispuesta a encontrar aliados nacionales e internacionales, que está dispuesta a buscar a quien todavía teme, está flojo, no piensa cómo salir adelante. Hace falta lograr ese espíritu de un gran acuerdo nacional para lograr el cese a la usurpación, que los venezolanos necesitamos urgentemente porque de lo contrario, pues, nuestra patria tiene el peligro de caer en la oscuridad y la muerte. Hay que tejer políticamente el cambio y tenemos que hacerlo sin miedo, pero con claridad de objetivos.

6. Finalmente, hay que seguir avanzando en la construcción del Plan País hasta convertirlo en el sueño de millones de venezolanos, de los que están dentro y fuera del país, y en bandera de la comunidad internacional.

En esta larga marcha hacia libertad nos viene bien recordar las palabras iniciales del prólogo al primer libro de El principio Esperanza de Ernst Bloch: “se trata de aprender la esperanza. Su labor no cesa, está enamorada en el triunfo, no en el fracaso. La esperanza, situada sobre el miedo, no es pasiva como éste, ni, menos aún, está encerrada en el anonadamiento. El efecto de la esperanza sale de sí, da amplitud a los hombres en lugar de angostarlos... El trabajo de este efecto exige hombres que se entreguen activamente al proceso del devenir al que ellos mismo pertenecen”.

La esperanza la construimos, la aprendemos y la hacemos realidad en la lucha, el esfuerzo y el trabajo.

Francisco José Virtuoso